

# Jessye Norman, la rosa del aplauso

MARY E. PECK\*



**E**

l martes 2 de febrero de 1993 en el Teatro Melico Salazar, cantó una mujer de gran corazón y dotes vocales, que por su maestría, son dignos de admirar, y disfrutar.

Porque a los conciertos o recitales o expresiones escénicas se va a disfrutar. O mejor uno se sale y no vuelve.

Jessye Norman, de una presencia que atrapa, con un dominio total de la escena, sale y llena el escenario. Tiene eso que llamamos «ángel».

Dueña de un vasto repertorio, seleccionó una nada espectacular, sino más bien íntimo, de mucha filigrana, que demanda una enorme variedad de recursos interpretativos.

\* Maestra pedagoga vocal.

La programación fue normal para un recital de este tipo, con gran flexibilidad de estilos, matizados de dificultades técnicas que la cantante supo llevar y transmitir con la mayor naturalidad del mundo.

La primera parte del recital -no concierto-, el ciclo de canciones «La Piedra Confesional», de Robert Fleming, autor contemporáneo, aunque poco conocido para nuestro público, abrió las puertas lentamente para la empatía posterior que tuvo con todo el programa. Los presentes apreciaron no sólo las dificultades técnicas, sino el gran sentimiento y delicadeza de la cantante.

La segunda parte de la primera mitad fueron las «Siete Canciones Españolas», de Manuel de Falla, más conocidas en nuestro medio. Las buscó penetrar en la esencia misma vibrante de cada canción, y no exactamente en cantar «bonito» para lucir a oídos

superficiales, estereotipo este último, al que algunos se han mal acostumbrado.

La segunda parte comenzó con «Cinco melodías populares griegas», de Maurice Ravel, donde la penetración de la cantante con el pianista fue el toque perfecto para unir lo floclórico y lo «culto» en un universo contenido de alegría interior, implícito en las piezas.

La parte final fue un grupo de «Spirituals», que al inverso de Ravel, mostraban euforia, exuberancia desbordada, que les es propia a quienes se dejan llevar no por el cuerpo en sí o la palabra, sino por el alma y la entrega no calculada.

La reacción del público no se hizo esperar. Les llegó al fondo de su sensibilidad, con ese puente de pasión que ya se había tendido entre la artista y éste que ya era su público.

Por el repertorio que mostró Jessye Norman, no tuvimos la oportunidad de escucharla en agudos excepcionales, porque la voz no es un pilar, sino un medio para expresiones de más altura. De ahí que dio cátedra en el uso del diafragma y de cómo hacer un «piano», que se escuchó por todo el Teatro Melico Salazar, inhóspito para cualquier cantante por su pésima acústica. Pero aún así, el portento vocal de Jessye Norman nos permitió escuchar «bocca chiusa», boca cerrada, cantando de tal manera que se oyó impecablemente por todo el teatro.

El interés del público fue tal que se podía oír hasta un alfiler que cayera, guardando los afectados de catarro que asistían sus ganas de toser hasta el final de su intervención.

Con una dicción clara y sonora a lo largo de todo el programa, hizo que entendiéramos cada palabra, con la fuerza y el sentimiento que ella logra proyectar, con una voz de terciopelo, rica de acuerdo a los rasgos y tonos de la mezcla exigida, «crescendos» y «decrecendos», con un dominio completo de aire y la emisión vocal.

En el ciclo «La Piedra Confesional», por ejemplo, en una de las canciones hizo gala de su conocimiento al manejar las disonancias de la pieza como si fuera una cascada. En un pasaje sin acompañamiento, le apreciamos la sincronización y exactitud de su afinación cuando el piano volvió a entrar para acompañarla, logrando un tiempo musical continuo.

Un recital en vivo no es un disco, y menos de los llamados «compactos». En los discos o grabaciones hay que lograr la perfección técnica. Quizá nos hemos acostumbrado a esa perfección y al truco de la tecnología. En vivo no son sólo las notas del cantante, porque la interacción del público con el intérprete es lo que le da sentido a la escena en ese momento. Esto es algo que jamás debe olvidarse.

El recital fue remontando a medida que nos mostraba no sólo su técnica y su arte, sino espiritualmente. Esa noche nos dio una parte de su persona y el público lo sintió, le dio las gracias de la única manera posible, aplaudiéndola.

En uno de los dos «bis» que dio, tuvimos la oportunidad de escucharla cantar una aria de «Carmen», ópera de Bisset, con gran libertad interpretativa, que le sentó excelentemente bien.

Pero como el público pedía más, con espontaneidad se sentó al piano para interpretar una pieza sencilla, de mucha ternura y profundidad que selló su noche; ella también conmovida con la misma intensidad del público.

Quedó manifiesta su gran calidad humana, digna de su nombre y de su arte, por eso se llevó el ramo de rosas con que los presentes la premiaron en cerrado aplauso.

Como en todo, hay excepciones, y no faltará alguno que mejor se hubiera quedado en casa comiendo alguna pasta, mientras que Jessye Norman para nosotros fue la primera del mundo, porque a su nivel ya no hay primera, ni segundas, ni terceras. Es el gusto de compartir la felicidad que se consigue más que abriendo la mente y el corazón.